

país por algunos años de paz y tranquilidad, con gran provecho de la dignidad real, cuya autoridad fué ganando terreno.

Esto no era, sin embargo, lo que Ricardo buscaba, sino que recordando siempre los ultrajes recibidos, ardía en deseos de venganza, y con calma y cálculo fué preparando esta venganza, cuya víctima principal debía ser según su deseo su tío el duque de Gloucester. Paulatina y sigilosamente creóse nuevos partidarios y adictos, y aproximó á su persona en cuanto pudo á los antiguos servidores, al paso que fué separando del lado de su tío á los amigos de éste. Hizo armisticios con Francia y Escocia para disminuir los gastos y su dependencia del parlamento y del pueblo, pues que no tenía que solicitar ya tantos recursos como antes; y al propio tiempo buscó un apoyo en el extranjero, á cuyo fin, después de la muerte de su esposa Ana de Bohemia, hija del emperador Carlos IV, de cuyo matrimonio no tenía hijos, se casó con Isabel, niña todavía ó poco menos, hija de Carlos VI, rey de Francia, con el objeto de dar también fin á la larga contienda por la sucesión y de llegar á una paz duradera. Por la misma razón fué sospechoso este matrimonio para muchos ingleses, que no habían olvidado aquella amenaza de Ricardo de pedir el auxilio de Francia contra el parlamento, y Gloucester no ocultó sus temores ni su disgusto. Entretanto continuó Ricardo aislando á su tío y en verano del año 1397 creyó poder dar la última mano á su obra. Hizo prender y acusó de alta traición á su tío el duque de Gloucester y á sus aliados, los condes de Warwick y de Arundel. Convocó un parlamento que se mostró muy flexible y obediente, y anuló la resolución de 1395 que había puesto al lado del rey la comisión de gobierno y vigilancia permanente. El rey disponía de un ejército numeroso y estaba decidido á ahogar á la fuerza toda tentativa de resistencia. El conde de Arundel, sentenciado á muerte por la obediente cámara de los pares, murió en el mes de noviembre en el patíbulo bajo el hacha del verdugo, é igual suerte habría tenido Gloucester, que había sido conducido preso á Calais, si no hubiese muerto poco antes en el encierro. Con razón se supuso que el rey le había hecho asesinar. Warwick fué desterrado á la isla de Man, y sentencias análogas tocaron á todos los magnates que habían tenido participación en la pasada humillación del rey. Todo el mundo se inclinó obediente y mudo ante el joven monarca, que tan súbitamente se acababa de revelar tirano premeditado y empedernido; aquel parlamento rastroso hasta se prestó á la modificación de las leyes del país, modificación que amenazaba acabar con la representación parlamentaria para dar lugar al régimen autocrático del monarca. No tardó en quedar suprimido de hecho el parlamento, conservándose en su lugar solo una comisión de su seno compuesta de doce barones y seis caballeros, todos completamente adictos al rey, y con los cuales éste gobernó y legisló por simples decretos.

Con esto quedó á la verdad alguna forma de la constitución suprimida, pero ésta y alguna otra sombra no servían sino para auxiliar el despotismo de Ricardo II, que parecía querer seguir el régimen del rey Juan. Nadie se movió, los unos por miedo y otros para medrar; nadie estaba seguro, y cuantos habían tomado parte en el pronunciamiento de la nobleza debían temer siempre la venganza aunque tardía del rey, que no olvidaba ni perdonaba ofensa ninguna. Ni las personas mas elevadas y de mas mérito, á quienes Ricardo hasta entonces había distinguido con honores y mercedes, estaban seguras. Llegó á oídos del rey que habían expresado en una conversacion íntima este mismo temor el hijo mayor de Juan de Lancaster, Enrique Bolingbroke, duque de Hereford, y el duque de Norfolk, que había desempeñado un papel principal en la muerte de Gloucester, en cuya épo-

ca no tenía todavía el título de duque y se llamaba simplemente Tomás Mowbray. Requeridos por el tirano, negaron ambos la conversacion arrojándose uno al otro un mentís, de suerte que quedó concertado el desafío; pero el rey se opuso, evidentemente para perder á los dos, porque el duque de Norfolk, como cómplice en el asesinato de Gloucester, podía comprometerle, y Bolingbroke era peligroso por su popularidad. A este último desterró el rey por diez años y á Norfolk por toda la vida.

Desde entonces no conoció ya límites el despotismo de Ricardo, que tenía á todo el mundo en continuo sobresalto, á lo cual se agregaban las extorsiones para sufragar los despilfarros de la corte; no había justicia; la prevaricación y la infracción de todas las leyes servían para satisfacer los caprichos del rey y de sus corrompidos secuaces. Murió Juan de Lancaster (el 3 de febrero de 1399) y el rey confiscó todos sus bienes, sin consideración á su hijo desterrado. Toda manifestación de descontento era ahogada con férrea dureza; pero cuando una sublevación en Irlanda hizo necesaria la presencia del rey en aquella isla, los descontentos en Inglaterra aprovecharon su ausencia para derrocarlo, empresa que fué facilitada por el desgraciado sesgo que tomó la campaña de Irlanda, donde el ejército del rey quedó destruido casi completamente. Entonces Bolingbroke, el hijo del difunto Juan de Lancaster, salió del lugar de su destierro y pasó á Inglaterra, evidentemente en cumplimiento de un plan formado desde larga fecha con sus amigos. No se sabe con precisión si el objeto de este plan era desde un principio destronar á Ricardo II, ó si el hijo de Lancaster quería ponerse á la cabeza de la nobleza para imponer al rey, como había hecho en otro tiempo su infortunado tío Gloucester, un consejo de regencia y de vigilancia, ó si Enrique Bolingbroke solo quería lograr á la fuerza la restitución de su herencia legítima. El caso fué que al desembarcar en Ravenspur, en el condado de York, y á su paso al interior fué tan bien recibido en todas partes, que trató de suplantar á Ricardo II en el trono, del cual era por lo demás el heredero mas inmediato, pues que Roger Mortimer, conde de March, había perecido en la guerra de Irlanda y Ricardo II no tenía hijos.

Pronto se vió Bolingbroke á la cabeza de un ejército imponente que se agrupó á su rededor y se engrosó continuamente con combatientes que acudieron de todas partes. En Bristol cayeron en su poder la reina y los consejeros principales del rey, los cuales, siendo objeto del odio general, fueron decapitados sin consideración. Entretanto había desembarcado Ricardo II en el país de Gales; y habiéndole abandonado allí los que hasta entonces le habían acompañado, tuvo que huir á Canway, donde recibió una misiva de Bolingbroke invitándole á una entrevista. Esta carta estaba escrita en un lenguaje hipócrita y en ella Bolingbroke protestaba de la lealtad de sus intenciones, pidiendo únicamente la restitución de su patrimonio. Ricardo se dejó engañar, y en el camino fué preso y entregado á Enrique Bolingbroke, que le llevó consigo á Londres y le encerró en la Torre. Entonces Bolingbroke, recibido con júbilo en la capital, arrojó la máscara: Ricardo abdicó la corona el 29 de setiembre en manos del parlamento, convocado por él mismo, declarándose indigno de ella, y desligó á todos sus súbditos de sus deberes. El parlamento encargó á una comisión la redacción de una ley en que se expusieran los motivos por los cuales Ricardo II había incurrido en la pérdida de la corona; y en virtud de esta ley, pronunció en la debida forma solemnemente la destitución del rey. Enrique Bolingbroke pidió entonces la corona vacante como heredero mas inmediato y fué proclamado rey por el parlamento. Ricardo,

completamente aniquilado, se sometió á todo sin protesta, acordándose quizás de la profecía de Gloucester que le había recordado la suerte de Eduardo II, que se cumplió también en él hasta el fin. Fué encerrado en el castillo de Pontefract, donde murió en el mes de enero del año 1400, de muerte violenta indudablemente.

Inglaterra había sacudido el yugo insoportable de la tiranía; faltaba saber si el nuevo rey, usurpador del trono, haría la felicidad del país. Por lo pronto, Enrique IV conoció que la corona ganada por medios tan censurables no estaba del todo firme en su cabeza y que no faltaban personas que ardían en deseos de vengarse en el usurpador.

CAPITULO IV

EL EMPERADOR CARLOS IV

(1346-1378)

Comparando los resultados positivos del reinado de Luis el Bávaro con la imponente agitación coetánea de Alemania, se ve que por lo insignificantes no corresponden de ninguna manera á las circunstancias. El alzamiento nacional contra el papado envilecido había sido paralizado por el mismo Luis en el momento decisivo, y no obstante la mas poderosa corriente de la independencia eclesiástica nacional que dominaba no á una sola clase, sino á todas las clases de Alemania, á la clase media como la de los príncipes tanto laicos como eclesiásticos, no produjo en Alemania ni lo que había ganado algunos años antes Felipe el Hermoso para la Francia, es decir, la independencia del Estado en todos los asuntos puramente civiles y políticos, ni la iniciación de un gran movimiento de reforma eclesiástica cimentada en la Sagrada Escritura, como un poco después lo debió Inglaterra á Wicliffe, el primero que atacó á la Iglesia papal en su punto mas vital y cuyos trabajos en parte beneficiaron á la Alemania. A los escritos y doctrinas de los minoristas y monarquistas, aunque á menudo salían del terreno práctico, debió la Alemania una sombra de libertad intelectual, y por primera vez se vió impulsada á una reforma eclesiástica como único medio de mejorar la Iglesia papal. Por primera vez desde Federico I y Reinaldo de Dassel había despuntado en Alemania, y al propio tiempo mas elevada y mas realizable, la idea de dar á la Iglesia alemana una forma nacional. Al mismo tiempo, cosa aun mas importante, la conciencia de lo que es un Estado, de que á éste corresponden derechos y una dignidad que su jefe debe defender, empezó á apoderarse de los príncipes alemanes, que hasta entonces demasiado dóciles á la curia se habían dejado dirigir por ella en la política alemana. A esta conciencia habían dado forma el parlamento de Oberlahnstein y la reunión de los príncipes electores en Rense. Verdad es que la ineptitud política y la codicia particularista de Luis el Bávaro habían elevado al trono real de Alemania á Carlos de Luxemburgo, servidor sumiso del papado; pero siempre quedaba la resolución de Rense como principio fundamental del Estado, como punto fuerte desde el cual podían en adelante rechazarse todas las pretensiones exageradas del papado; principio que podía ser desatendido temporalmente, pero jamás anulado. En efecto, de este punto data el desenvolvimiento del imperio, y el mismo Carlos IV, el emperador y rey clerical, fué quien sacó del citado principio de los derechos del Estado consecuencias constitucionales para el imperio, como Carlos las necesitaba para aumentar su poder territorial particular y hacer de sus dominios una monarquía europea. Esta tendencia constituye el rasgo mas característico individual de Carlos IV y de su gobierno y en ella

se fundan los méritos y los defectos del uno y del otro. Hijo de Juan de Luxemburgo, que era medio francés y medio alemán, y de Isabel de Bohemia, representante de la dinastía de Przemyslao después de la extinción de la rama masculina con la muerte de Wenceslao III, había sido educado en la corte francesa y desposado muy joven con una hija de Felipe VI de Francia. Al lado de su padre infatigable, ocupado siempre en empresas é intrigas políticas, había adquirido conocimiento de la política enredadísima de su época. Al joven príncipe Carlos, corporal é intelectualmente muy desarrollado, de carácter flexible y enemigo de toda acción brutal, gustó mucho la diplomacia con sus artes sutiles que había aprendido de excelentes maestros en Italia, á donde, niño todavía, había acompañado á su padre, y donde quedó en calidad de su vicario general cuando el rey Juan tuvo que regresar á Alemania á consecuencia de la actitud amenazadora del emperador Luis y de los Habsburgos. Carlos se distinguió ventajosamente no solo como hombre de Estado en aquel país, cuya situación interior era embrolladísima, sino también como militar valiente. Entonces nació y se arraigó en este joven príncipe, á la vez francés, alemán y bohemio, aquella vivísima simpatía por Italia, y por el idioma y el genio italianos, que le caracterizó después y que le hizo añadir á la dignidad real alemana un rasgo enteramente nuevo, exótico, pero brillante: la afición á las artes y ciencias, y la protección verdaderamente regia que dispensó á sus representantes, sobre todo á Petrarca y Boccaccio. Pero no solamente interesó la poesía á este monarca poliglota, sino que también se aficionó á las ciencias graves y profundas; se ocupó á fondo en cuestiones teológicas, jurídicas é históricas, y en este último terreno nos ha dejado su autobiografía, que contiene la historia de su juventud hasta su alzamiento contra Luis el Bávaro, escrita por supuesto con el espíritu individual inseparable de tales obras, pero veraz tocante á los hechos y circunstancias de la época. Esta autobiografía es obra de un genio de vastas miras, despreocupado, accesible á todos los movimientos de aquella época interesante de transición, y en el cual se equilibran admirablemente los propósitos y las fuerzas; siendo notable que en el corazón de este príncipe sabio, frío y rara vez arrebatado, en el cual se confundían diferentes nacionalidades, predominó siempre el amor á su patria, la Bohemia, por cuya prosperidad veló con solicitud verdaderamente paternal y trabajó constantemente para que ocupara material é intelectualmente el primer puesto entre todos los Estados de Alemania. La civilización de Bohemia procedía enteramente de la vecina Alemania, como su historia política; y Carlos IV, sin oponer al desenvolvimiento interior trabas respecto de la influencia alemana, fomentó además las tendencias nacionales del pueblo checo, y á sus esfuerzos en éste sentido se debe la primera tentativa hecha por el abad Beneš de Weitmühl para introducir el idioma checo (1) en la literatura histórica.

Cuando Carlos IV, siendo todavía duque de Moravia, fué proclamado rey de Alemania en oposición á Luis el Bávaro por los tres príncipes electores eclesiásticos y los dos laicos, el del Palatinado y el rey de Bohemia, en cambio de concesiones nada gloriosas hechas al papado é indirectamente también á Francia, eran pocas sus esperanzas de obtener un éxito completo. En Alemania no tenía ningún apoyo sólido, y tuvo que solicitar el auxilio de Francia, cuyos intereses favorecía su elección mas que los de Alemania; pero la Francia estaba en situación demasiado crítica para auxiliarle. Carlos tomó parte en la batalla de Crecy contra los ingleses

(1) El idioma eslavo, que se habla en Bohemia y Moravia, etc.